

JEHOVÁ ES MI PASTOR

CONTENIDO

Un retrato de Dios.....	2
<i>David y la metáfora del pastor</i>	3
<i>Otros que usaron la metáfora del pastor para referirse a Dios</i>	5
<i>La metáfora del pastor para describir a Jesús</i>	12
El descanso y la renovación del pastor	16
<i>Aparte tiempo para estar a solas con Dios</i>	20
<i>Cómo escuchar a Dios por medio de Su Palabra</i>	22
<i>Cómo responder a Dios en oración</i>	27

Jesús llamó ovejas a Sus seguidores, y como ovejas, anhelamos comprender lo que significa hallar contentamiento bajo la mirada observadora de nuestro amante Pastor celestial, quien merece toda nuestra confianza.

En este extracto del libro en inglés *Psalm 23: The Song of a Passionate Heart [El Salmo 23: Cántico de un corazón apasionado]*, el escritor David Roper examina los dos primeros versículos de este conocido salmo. Estudia la importancia de la metáfora del pastor en toda la Escritura y luego da ayuda práctica para experimentar el descanso que nuestro Pastor nos ofrece.

Martin R. De Haan II

UN RETRATO DE DIOS

El problema de la mayoría de nosotros es que no tenemos una imagen clara del Dios al que anhelamos adorar. Nuestra imagen de Él está nublada por el recuerdo de frías catedrales y amargas religiones, pastores o sacerdotes que nos inculcaron miedo a Dios, o todo lo que sufrimos de niños por padres ausentes, emocionalmente desprendidos de nosotros, brutales o débiles. Todos tenemos nociones inexactas de Dios.

De manera que la cuestión es Dios mismo: ¿quién es Él? Esta es la pregunta a la que llevan todas las demás, la pregunta que el mismo Dios puso en nuestros corazones. (Y si Él la puso en nuestros corazones, debe haber una respuesta en Su corazón esperando ser revelada.)

David nos dio una respuesta consoladora

y precisa: «Jehová es mi pastor» (Salmo 23:1).

«Yahweh es mi pastor» es lo que escribió David realmente, usando el nombre que Dios se puso a Sí mismo. Una generación más antigua de eruditos se refería al nombre como el «inefable tetragrámaton», la inexpresable palabra de cuatro letras. Las letras que forman el nombre de Dios (escritas sin las vocales como YHWH) eran pronunciadas por los judíos en muy raras ocasiones por temor a provocar la ira de Dios. En su lugar usaban una palabra menor como *Adonai* (mi Señor) o *Elohim* (el nombre genérico de Dios).

El término *Yahweh*, que a veces se acorta a *Jah* en el Antiguo Testamento, viene de una forma del verbo hebreo «ser». Esto sugiere que Dios es autosuficiente. Pero esa explicación es un frío consuelo para mí. Yo prefiero la descripción

de David: «Yahweh es mi pastor».

La metáfora del pastor es modesta, pero está repleta de significado. Parte de la comparación es el retrato de un pastor y su oveja; la otra es la experiencia de David y la nuestra. David pintó un cuadro y nos colocó en él. Lo genial del salmo es que nos pertenece. Podemos usar las palabras de David como si fueran nuestras.

La frase de apertura de David, «Jehová es mi pastor», introduce la imagen controladora que aparece en todo el poema. Cada verso abunda más en el símbolo, llenando el cuadro, mostrándonos cómo nuestro Pastor-Dios nos guía a ese lugar donde no nos va a faltar nada.

DAVID Y LA METÁFORA DEL PASTOR

El propio David era pastor. Pasó gran parte de su juventud cuidando «unas pocas ovejas en el

desierto» (1 Samuel 17:28). El desierto es uno de los mejores lugares del mundo para aprender. Hay pocas distracciones y casi nada. En un lugar como ese nos inclinamos más a pensar en el significado de las cosas que en lo que esas cosas proporcionan.

Un día, mientras David cuidaba a sus ovejas, se le ocurrió que Dios era como un pastor. Pensó en el cuidado incesante que requieren las ovejas: su debilidad e incapacidad de defenderse a sí mismas. Recordó lo tontamente que se desvían de caminos seguros y la necesidad constante que tienen de ser guiadas. Pensó en el tiempo y la paciencia que necesitaron para confiar en él antes de seguirlo. Recordó los momentos cuando las guió en medio del peligro y ellas se acurrucaban cerca de sus talones. Ponderó el hecho de que él tenía que pensar por sus ovejas, pelear por ellas, cuidarlas y buscarles

pasto y aguas tranquilas. Recordó las magulladuras y los rasguños que había curado, y se maravilló de la frecuencia con que tenía que rescatarlas del daño que se habían hecho. No obstante, ni una sola de sus ovejas era consciente de cuánto la cuidaban. Sí —dijo en tono meditativo— Dios se parece mucho a un buen pastor.

Los antiguos pastores conocían a sus ovejas por nombre. Conocían sus costumbres, peculiaridades, marcas características, tendencias e idiosincrasias.

En aquel entonces, los pastores no conducían a sus ovejas; las guiaban. Al llamado matutino del pastor, un sonido gutural distintivo, cada rebaño se levantaba y seguía a su amo a los terrenos de pasto. Incluso cuando dos pastores llamaban a sus rebaños al mismo tiempo y las ovejas se mezclaban, nunca seguían al pastor errado. Durante todo el día, las ovejas seguían a

su propio pastor mientras él buscaba praderas cubiertas de hierba y estanques protegidos donde sus ovejas pudieran alimentarse y beber en paz.

En ciertas épocas del año, se hacía necesario trasladar el rebaño más adentro en el desierto a un terreno desolado donde los depredadores estaban al acecho. Pero las ovejas siempre estaban bien cuidadas. Los pastores llevaban una «vara» (un palo muy pesado) en el cinto y el cayado en las manos. El cayado tenía un gancho que se usaba para sacar a las ovejas de lugares peligrosos o impedir que se extraviaran. El palo era un arma para alejar a las bestias. David dijo: «Cuando venía un león, o un oso, y tomaba algún cordero de la manada, salía yo tras él, y lo hería, y lo libraba de su boca» (1 Samuel 17:34-35).

Durante todo el día, los pastores permanecían cerca de sus ovejas,

observándolas detenidamente y protegiéndolas del más mínimo daño. Cuando una oveja se perdía, el pastor la buscaba hasta encontrarla. Luego se la ponía sobre el hombro y la llevaba de vuelta a casa. Al final del día, cada pastor conducía su rebaño a la seguridad del redil y dormía frente a la puerta para protegerlas.

Un buen pastor nunca dejaba solas a sus ovejas. Se hubieran perdido sin él. Su presencia era la seguridad de ellas.

Es en un pastor bueno como éste en quien pensaba David cuando compuso el Salmo 23.

OTROS QUE USARON LA METÁFORA DEL PASTOR PARA REFERIRSE A DIOS

Jacob: Dios nos acepta. El patriarca Jacob era pastor y fue la primera persona en la Biblia que usó la metáfora del pastor para referirse a

Dios. En su lecho de muerte reflexionó sobre su vida y la resumió con estas palabras: «...Dios que ha sido mi pastor toda mi vida hasta este día...» (Génesis 48:15, Biblia de las Americas).

Jacob nació en una situación difícil. Con la mano trabada en el calcañar de su hermano gemelo al nacer, siguió toda la vida tratando de hacerlo errar y de adelantársele. De hecho, la vida entera de Jacob se caracterizó por cambios de opinión, traiciones, codicia y empujones a la gente para obtener ventaja egoístamente. No obstante, Dios no se avergonzaba de que lo llamaran «el Dios de Jacob», ni de haber sido su pastor todos los días de su vida.

Jacob nos recuerda a esos que vienen a la vida con una fuerte tendencia a equivocarse. Habitan infiernos heredados y llevan desde su nacimiento inseguridades, locuras y predilecciones

pecaminosas. Son adictos a la comida, el sexo, el alcohol, las drogas, el gastar dinero, las apuestas o el trabajo. Tienen personalidades perturbadas y difíciles, y además, como dijo C. S. Lewis, «una máquina difícil de conducir».

Dios conoce nuestras tediosas historias. Él comprende las fuerzas latentes y todas las fuentes y posibilidades de hacer mal que hay en nuestras naturalezas. Ve el dolor del corazón que otros no pueden ver y que no podemos explicar, ni siquiera a nuestros amigos más cercanos. Es consciente de las razones de nuestros cambios de ánimo, rabietas e indulgencias egoístas. Puede que nuestro carácter desconcierte a los demás, pero Dios nunca se aleja. Él ve más allá de lo espinoso. Ve el corazón herido. Su comprensión es infinita.

A Él no le importa lo dañados que estemos ni lo

malo que hayamos hecho. Nuestra vileza no altera su carácter. Él es amor eterno: el mismo ayer, hoy y siempre. No somos lo que Él desea que seamos, pero no quiere decir que no nos quiera. Si así lo queremos, Él será nuestro pastor.

Fredrick Buechner se maravilla ante la locura de Dios de recibir «tontos y desajustados, quisquillosos y santurriones, personas estiradas y excéntricas, egoístas patológicos e insípidos y sensualistas», pero así es Él. Sea lo que fuéremos, dondequiera que estemos, Su corazón está abierto a nosotros.

Isaías: Dios nos conoce íntimamente.

Isaías tuvo la visión de un pastor estelar que cada noche llamaba a su rebaño de estrellas por nombre:

*Levantad en alto
vuestros ojos, y mirad
quién creó estas cosas;
él saca y cuenta su
ejército; a todas llama
por sus nombres;
ninguna faltará; tal*

es la grandeza de su fuerza, y el poder de su dominio (Isaías 40:26).

No es por casualidad que las estrellas tienen sus órbitas y lugares asignados en el universo. No salen al azar ni tampoco deambulan a la ventura por el espacio. Salen para estar a disposición de Dios. Él saca el ejército estelar una a una y las llama por su nombre. Ninguna queda olvidada. A ninguna pasa por alto. Ninguna se queda atrás.

Es terrible que a uno no lo conozcan. Vivimos con el temor de que nunca nos conozcan lo suficiente, de que los demás nunca sepan quiénes somos realmente, cuáles son nuestros sueños y dónde nos llevan nuestros pensamientos. No obstante, no tenemos nada que temer. Dios conoce a cada una de sus ovejas por nombre.

Él es consciente de cada personalidad y peculiaridad. Están los pequeños, a quienes hay que cargar, los lisiados, que no pueden llevar el paso,

las ovejas que se están alimentando y no se las puede apresurar, las viejas ovejas que apenas se pueden llevar bien. Están las que encabezan el rebaño y que siempre quieren estar al frente, las abusadoras, que embisten y empujan para conseguir lo que quieren, las tímidas, que tienen miedo a seguir, las ovejas negras, que son siempre la excepción. Están las que pastan hasta perderse y otras que más deliberadamente se escapan.

El Buen Pastor nos conoce a todos. He aquí que Jehová el Señor vendrá con poder, y su brazo señoreará;... Como pastor apacentará su rebaño; en su brazo llevará los corderos, y en su seno los llevará; pastoreará suavemente a las recién paridas (Isaías 40:10-11).

Dios conoce nuestro paso. Él sabe cuándo nos abruma el sufrimiento, el dolor y la soledad.

Sabe cuando nos damos plena cuenta de nuestras limitaciones. Sabe cuando sentimos vergüenza y estamos quebrantados, y cuando no podemos seguir. Dios no arrea a sus ovejas, sino que las guía. Les permite vacilar y perturbarse. Da crédito por decisiones y resoluciones que son probadas arduamente. Entiende el valor que se tambalea frente a circunstancias terribles. Puede aceptar una fe que se apaga cuando hay tensión. Toma en cuenta las razones ocultas del fracaso. Siente todo el peso de nuestros desastres. Conoce nuestro dolor como nadie más. Nuestros lamentos llegan a sus oídos. Incluso escucha los gemidos que no expresamos.

Cuando nos quedamos atrás no nos regaña. Más bien nos reúne y rodea con sus fuertes brazos; nos lleva cerca de su corazón. La esencia, el corazón del

carácter de Dios descansa ahí: Él tiene el corazón de un tierno pastor.

Jeremías: Dios nos busca por amor.

El profeta Jeremías vio un rebaño de ovejas arruinadas:

Ovejas perdidas fueron mi pueblo; sus pastores las hicieron errar, por los montes las descarriaron; anduvieron de monte en collado, y se olvidaron de sus rediles.... Y volveré a traer a Israel a su morada (Jeremías 50:6,19).

Olvidamos a Dios pronto, nuestro «redil», y nos extraviamos. No obstante, Él nos busca dondequiera que vayamos, sin quejarse de la oscuridad, ni del frío viento, la pesada carga, la inclinada colina ni el sendero espinoso por el que tenga que pasar para rescatar a una oveja perdida. Su amor no escatima tiempo, energía, sufrimiento, ni siquiera la vida misma.

Su búsqueda no es una recompensa por nuestra bondad, sino el resultado de su decisión de amar. A Él lo mueve el amor, no nuestra belleza. Él se siente atraído hacia nosotros cuando no hemos hecho nada bien y cuando lo hemos hecho todo mal. Jesús dijo:

¿Qué os parece? Si un hombre tiene cien ovejas, y se descarriá una de ellas, ¿no deja las noventa y nueve y va por los montes a buscar la que se había descarriado? Y si acontece que la encuentra, de cierto os digo que se regocija más por aquélla, que por las noventa y nueve que no se descarriaron. Así, no es la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos, que se pierda uno de estos pequeños (Mateo 18:12-14).

Las ovejas perdidas no están destinadas al fracaso.

Esas son las que Él vino a buscar.

Ezequiel: Dios nos cuida tiernamente.

Ezequiel anunció el nacimiento del mejor de todos los pastores mucho antes de que Él naciera. Dijo que cuando viniera iba a cuidar el rebaño de Dios con tierno amor:

Anduvieron perdidas mis ovejas por todos los montes, y en todo collado alto; y en toda la faz de la tierra fueron esparcidas mis ovejas, y no hubo quien las buscase, ni quien preguntase por ellas.... Porque así ha dicho Jehová el Señor: He aquí yo, yo mismo iré a buscar mis ovejas, y las reconoceré... Como reconoce su rebaño el pastor el día que está en medio de sus ovejas esparcidas, así reconoceré mis ovejas, y las libraré de todos los lugares en que fueron esparcidas el día del nublado y de

*la oscuridad.... allí
dormirán en buen
redil, y en pastos
suculentos serán
apacentadas Yo
apacentaré mis ovejas,
y yo les daré aprisco,
dice Jehová el Señor....
Yo buscaré la perdida,
y haré volver al redil
la descarriada, vendaré
la perniquebrada, y
fortaleceré la débil....
(Ezequiel 34:6,
11-12,14-16).*

La tarea de Ezequiel era cuidar de los exiliados esparcidos que estaban lejos de casa. Los describió como ovejas esparcidas y dijo que «andan errantes por falta de pastor... y no hubo quien las buscase, ni quien preguntase por ellas» (vv. 5-6).

La dispersión de Israel fue su propia culpa, resultado de años de resistir a Dios. Ellos habían buscado a sus ídolos y derramado sangre, y habían contaminado a la mujer de su prójimo y hecho otras cosas detestables (Ezequiel 10

33:25-26). Por eso fueron apartados. No obstante, Dios dijo: «Yo buscaré la perdida, y haré volver al redil la descarriada...» (34:16). Los pastores buenos no menosprecian a las ovejas perdidas; las buscan.

Las ovejas no tienen que ir a buscar a su pastor, todo lo contrario. Es él quien las busca a ellas. Incluso si las ovejas no están pensando en el Pastor, Él las busca hasta lo último de la tierra. Simon Tugwell escribió: «Él las sigue en su largo y oscuro viaje; allí, donde finalmente pensaron que se escaparían de Él, corren hacia sus brazos».

En realidad, no hay manera de escapar de Él excepto corriendo hacia sus brazos. Aunque nosotros somos cabeza dura y tercos, Él es igual de cabeza dura y terco. Nunca abandona su propósito. No puede sacarnos de su mente.

Además, dijo Ezequiel, cuando el Buen Pastor

encuentra a sus ovejas las cuida: «Como reconoce su rebaño el pastor el día que está en medio de sus ovejas esparcidas, así reconoceré mis ovejas...»

(34:12). «Reconocer» sugiere un cuidadoso examen de cada animal. Nuestro Pastor-Dios es un buen pastor. Conoce bien la condición de su rebaño. Ve las marcas de tristeza en cada rostro. Conoce cada herida y cada golpe, cada dolor. Reconoce las señales de la persecución, el mal uso y el abuso, las heridas que otros nos han infligido y lo que queda de nuestra propia resistencia.

Él promete hacer lo que otros pastores no pueden o no quieren hacer: «Vendaré la perniquebrada, y fortaleceré la débil» (34:16). Tiene compasión de los afligidos y los desvalidos, de los que han sido heridos por su propio pecado. Comprende la tristeza, el infortunio, los hogares desintegrados, la aspiración no realizada.

«El sana a los quebrantados de corazón, y vendará sus heridas» (Salmo 147:3). Aplica el bálsamo que sana al herido. Ese es el consuelo de Dios para nuestros acosados corazones.

Pero eso no es todo. Había otro Buen Pastor de camino que sería uno con el Padre en la compasión pastoral:

Y levantaré sobre ellas a un pastor, y él las apacentará; a mi siervo David, él las apacentará, y él les será por pastor. Yo Jehová les seré por Dios, y mi siervo David príncipe en medio de ellos. Yo Jehová he hablado (Ezequiel 34:23-24).

Dios se refería al tan esperado Hijo de David, nuestro Señor Jesús, ese Gran Pastor que pone su vida por sus ovejas (Juan 10:11).

LA METÁFORA DEL PASTOR PARA DESCRIBIR A JESÚS

Unos 600 años después de que David compusiera su Cántico del Pastor, Jesús dijo con calmada seguridad:

Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas. Mas el asalariado, y que no es el pastor, de quien no son propias las ovejas, ve venir al lobo y deja las ovejas y huye, y el lobo arrebató las ovejas y las dispersa. Así que el asalariado huye, porque es asalariado, y no le importan las ovejas. Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen, así como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre; y pongo mi vida por las ovejas (Juan 10:11-15).

Este es nuestro Señor Jesús, «el gran pastor de las ovejas» (Hebreos 13:20). Era uno con el Padre. Él también nos veía como

«ovejas sin pastor». «Vino a buscar y a salvar lo que se había perdido» (Lucas 19:10). Él es quien deja las «noventa y nueve y va por los montes a buscar la que se había descarriado», estableciendo así para siempre el valor de una persona y el deseo del Padre de que ninguna de ellas perezca (Mateo 18:12-14).

F. B. Meyer escribió: «Él tiene corazón de pastor, el cual late con el puro y generoso amor que no consideró ni su propia sangre demasiado preciosa como precio a pagar por nuestro rescate. Tiene ojo de pastor, que mira el rebaño completo y no olvida ni siquiera a la pobre oveja que se extravió en las frías montañas. Tiene fidelidad de pastor, que nunca fallará ni nos abandonará, no nos dejará sin consuelo ni saldrá huyendo cuando venga el lobo. Tiene fortaleza de pastor, por lo que es perfectamente capaz de

librarnos de la boca del león o de las garras del oso. Tiene la ternura del pastor; no hay cordero tan pequeño que Él no lo cargue; ni santo tan débil que Él no lo guíe amorosamente; no hay alma tan débil que Él no le pueda dar descanso.... Su bondad es maravillosa».

Pero eso no es todo. El Buen Pastor puso su vida por las ovejas. Desde el principio de los tiempos, las religiones han decretado que un cordero debe dar su vida por el pastor. El pastor llevaba su cordero al santuario, se apoyaba con toda su fuerza en la cabeza del cordero, y confesaba su pecado. Al cordero lo mataban y corría la sangre: una vida a cambio de otra.

¡Qué ironía! Ahora el Pastor da su vida por su cordero. «Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos

nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros» (Isaías 53:5-6).

La historia es acerca de la muerte del Pastor. «Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados» (1 Pedro 2:24). Él murió por todos los pecados: los pecados obvios de asesinato, adulterio y robo, así como los pecados secretos de egoísmo y orgullo. Él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo en la cruz. Esa fue la cura final para el pecado.

La manera normal de mirar a la cruz es decir que el hombre era tan malo, y Dios estaba tan enojado, que alguien tenía que pagar. Pero no fue la ira lo que llevó a Cristo a la cruz; fue el amor. La crucifixión

es lo importante de la historia. Dios nos ama tanto que Él mismo asumió nuestra culpa. Internalizó todo nuestro pecado y lo sanó. Cuando terminó dijo: «¡Consumado es!» No nos queda nada por hacer sino aceptar el perdón, y los que ya lo hemos hecho, aceptarlo cada vez más.

El Pastor nos llama y escucha los más débiles sonidos de la vida. Oye el más mínimo clamor. Si no escucha nada, no se da por vencido ni se va. Nos deja vagar, con la esperanza de que el agotamiento y la desesperación nos cambien.

Es Dios quien produce nuestra incomodidad. Él nos acosa. Nos confina. Desbarata nuestros sueños. Frustra nuestros mejores planes y acaba con nuestras esperanzas. Espera hasta que sepamos que nada borrarán nuestro dolor, que nada hará que valga la pena vivir la vida excepto su presencia. Y

cuando acudimos a Él, ahí está para saludarnos. Siempre ha estado ahí. «Cercano está Jehová a todos los que le invocan...» (Salmo 145:18).

Y dices: «¿Por qué me va a querer a mí? Él conoce mi pecado, mi error, mis viejos hábitos de ceder. No soy lo suficientemente bueno. No he lamentado mi pecado lo suficiente. No puedo dejar de pecar».

Dios no necesita que le expliquen nuestro descarrío. Nunca se sorprende de nada de lo que hacemos. Él lo ve todo con sólo echar un vistazo: lo que es, lo que pudo haber sido, lo que hubiera sido si no hubiera sido por nuestras decisiones pecaminosas. Ve los oscuros rincones y grietas de nuestro corazón y sabe todo de nosotros. Pero lo que ve sólo saca de Él amor. No hay una motivación más profunda en Dios que el amor. Amar es su naturaleza; no puede hacer

otra cosa porque «Dios es amor» (1 Juan 4:8).

¿Sufre usted alguna aflicción sin nombre?
¿Algún dolor vago y triste?
¿Algún inexplicable dolor en su corazón? Acuda a Aquel que hizo su corazón. Jesús dijo:

Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga (Mateo 11:28-30).

Saber que Dios es así y conocer a ese Dios da descanso. No hay lección más profunda que ésta: Él es lo único que necesitamos.

La palabra pastor implica ternura, seguridad y provisión, y sin embargo, no significa nada si no puedo decir: «Jehová es mi pastor».

¡Qué diferencia produce ese monosílabo!, toda la diferencia del mundo. Significa que puedo tener toda la atención de Dios, todo el tiempo, como si yo fuera el único. Puede que forme parte de un rebaño, pero soy único en mi clase.

Una cosa es decir: «Jehová es un pastor». Otra es decir: «Jehová es mi pastor». Martín Lutero observó que la fe es cuestión de pronombres personales: Señor mío y Dios mío. Esa es la fe que salva.

EL DESCANSO Y LA RENOVACIÓN DEL PASTOR

Si se nos dejara solos, no tendríamos nada más que inquietudes, resultado de darnos cuenta de que hay algo más que conocer y amar. Pero Dios no nos deja solos. Según el Salmo 23:2, nos hace descansar en delicados pastos y nos pastorea junto a aguas de reposo. Los verbos sugieren una persuasión suave: un pastor que paciente y persistentemente exhorta a sus ovejas a ir al lugar donde serán mitigados su hambre y su sed.

En los días de David, los «delicados pastos» eran oasis, lugares verdes en el desierto adonde los pastores conducían a sus sedientos rebaños. Si se las dejaba solas, las ovejas vagaban por el desierto y morían. Los pastores experimentados conocían el terreno y apremiaban a

sus rebaños a ir a prados y corrientes de agua conocidos donde pudieran merodear, comer, recostarse y descansar.

El cuadro que se representa aquí no es el de unas ovejas pastando y bebiendo, sino descansando, acostadas: «estiradas», para usar una palabra de David. El verbo guía sugiere un lugar lento y de descanso. La escena es de tranquilidad, satisfacción y descanso.

La práctica común de los pastores era apacentar sus rebaños en un pasto difícil temprano, guiándolas a mejores pastos a medida que la mañana progresaba, y luego llevarlas a un oasis para que descansaran al mediodía.

La imagen de aguas plácidas hace hincapié en el concepto de descanso: la condición de tener todas nuestras pasiones satisfechas. Agustín clamó: «¿Qué me hará descansar en Ti... para que pueda olvidar mi inquietud y

aferrarme a Ti, lo único bueno de mi vida?»

La compulsión empieza con Dios.

«En lugares de delicados pastos me hará descansar; junto a aguas de reposo me pastoreará» (23:2).

El Buen Pastor «a sus ovejas llama por nombre, y las saca. Y cuando ha sacado fuera todas las propias, va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque conocen su voz» (Juan 10:3-4).

Dios da el primer paso. Toma la iniciativa llamándonos y guiándonos a un lugar de descanso. No es porque estemos buscando a Dios; es Él quien nos busca.

El clamor de Dios al descarriado Adán —«¿Dónde estás tú?»— insinúa la soledad que Él siente cuando se separa de los que ama. G. K. Chesterton sugiere que toda la Biblia habla de «la soledad de Dios». Me gusta pensar que de alguna manera inexplicable, Dios

me extraña; que no puede aguantar estar separado de mí; que siempre estoy en sus pensamientos; que paciente e insistentemente me llama y me busca, no sólo por mi propio bien, sino por el Suyo. Clama: «¿Dónde estás tú?»

En lo profundo de nuestro ser hay un lugar para Dios. Fuimos hechos para Dios y sin su amor, la soledad y el vacío nos producen dolor. Él llama desde el espacio profundo a nuestras profundidades: «Un abismo llama a otro» (Salmo 42:7).

David lo expresó de esta manera: «Mi corazón ha dicho de ti: Buscad mi rostro. Tu rostro buscaré, oh Jehová» (Salmo 27:8). Dios habló a lo profundo del corazón de David, expresando el deseo de su corazón: «Buscad mi rostro». Y David respondió con presteza: «Tu rostro buscaré, oh Jehová».

Y así es: Dios nos llama, buscándonos para que le busquemos,

y nuestros corazones resuenan de anhelo por Él. Comprender eso ha cambiado radicalmente la manera como veo mi relación con Dios. Ahora no es ni obligación ni disciplina, no es un régimen que me impongo a mí mismo como hacer 100 ejercicios abdominales o lagartijas cada día, sino una respuesta a Aquel que me ha estado llamando toda la vida.

¿Cuáles son esos delicados pastos y aguas de reposo a las cuales Dios nos llama? ¿Y dónde están? ¿Cuál es la realidad que hay detrás de esas metáforas?

Dios mismo es nuestro «verdadero pastor» (Jeremías 50:7) y nuestro estanque de agua de reposo. Él es nuestro verdadero alimento, nuestra agua viva. Si no lo tomamos nos morimos de hambre.

Hay un hambre en el corazón humano que sólo Dios puede satisfacer. Hay

una sed que sólo Él puede apagar. «Trabajad, no por la comida que perece —dijo Jesús—, sino por la comida que a vida eterna permanece, la cual el Hijo del Hombre os dará... Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás» (Juan 6:27,35).

La confesión de Malcolm Muggeridge es una expresión impresionante de este pensamiento:

Supongo que me puedo considerar un hombre relativamente exitoso. La gente me mira de vez en cuando en la calle. Eso es fama. Puedo ganar sin gran esfuerzo lo suficiente como para calificar como una de las personas de más altos ingresos. Eso es éxito. Con dinero y un poquito de fama, hasta los ancianos, si quieren, pueden participar de diversiones modernas. Eso es placer. De vez

en cuando puede suceder que a algo que diga o escriba se le preste suficiente atención como para persuadirme de que causó un serio impacto en nuestro tiempo. Eso es realización. Pero yo les digo, y les ruego que me crean, que si multiplican estos pequeños triunfos por un millón, y los suman, no son nada, menos que nada, un verdadero obstáculo, comparado con una gota del agua viva que se ofrece a los que tienen hambre espiritual.

Pero ¿cómo «pastamos» en Dios y «nos lo bebemos»?

Una vez más nos vemos confrontados con el simbolismo. ¿Qué significan las metáforas?

El proceso comienza, como todas las relaciones, con una «reunión». Como dijo David:

Como el ciervo brama por las corrientes de

las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo; ¿cuándo vendré, y me presentaré delante de Dios? (Salmo 42:1-2).

Dios es una persona real. No es un invento humano, concepto, teoría ni proyección de nosotros mismos. Está abrumadoramente vivo, muchísimo más allá de nuestros más grandes sueños. Podemos «presentarnos delante» de Él, para usar las palabras de David. A. W. Tozer escribió: Dios es una Persona, y como tal, se puede cultivar una amistad con Él como con cualquier otra. Dios es una Persona, y en las profundidades de su naturaleza poderosa, piensa, quiere, disfruta, siente, ama, desea y sufre como cualquier otra. Dios es una persona y se le puede conocer en grados de intimidad cada vez mayores a medida que preparamos nuestros

corazones para la maravilla de todo ello.

Esa es la realidad y también la dificultad: ¿estamos dispuestos a prepararnos para conocerlo? Él responde al más ligero acercamiento, pero nosotros somos quienes decidimos qué tan cerca queremos estar. «Mas si... busques a Jehová tu Dios, lo hallarás» —prometió Moisés. Y luego añadió esta condición: «si lo busques de todo tu corazón y de toda tu alma» (Deuteronomio 4:29).

No es difícil buscar a Dios ni toma mucho tiempo. Está a la distancia de nuestro corazón (Romanos 10:8,9), pero no es ningún intruso. Nos llama, pero luego espera nuestra respuesta. Nuestro acercamiento a Él dependerá de nuestro deseo de involucrarlo en nuestras vidas personalmente, de conocerlo.

A veces decimos: «Hay algo malo en mí.
20

No estoy contento. Debe haber algo más», pero no hacemos nada por resolver ese descontento. Es esa actitud de resignación lo que nos impide tener gozo. Nuestra primera tarea es ser honestos con nosotros mismos. ¿Queremos a Dios o no? Si lo queremos, debemos estar dispuestos a hacer el esfuerzo de responder a Él. «Acercaos a Dios —dijo Santiago—, y él se acercará a vosotros» (Santiago 4:8). Es cuestión de desearlo. «Dios, Dios mío eres tú; de madrugada te buscaré» —dijo el salmista (Salmo 63:1).

APARTE TIEMPO PARA ESTAR A SOLAS CON DIOS

Un antiguo adagio cuáquero dice: «Empieza con poco y rápido». La idea es no complicar las cosas y comenzar pronto. La sencillez empieza estando a solas, no completamente solo, sino a solas con Dios.

Henri Nouwen escribió:
El apartamento

empieza con un tiempo y lugar para Dios, y solamente para Él. Si en realidad creemos, no sólo que Dios existe, sino que está activamente presente en nuestras vidas —sanando, enseñando y guiando— tenemos que apartar tiempo y espacio para prestarle toda nuestra atención. Pero, ¿dónde podemos

apartarnos así? ¿Dónde podemos encontrar un lugar tranquilo en medio del alboroto y las exigencias de este mundo? «Es difícil ver a Dios en medio de una multitud —dijo Agustín—. Esta visión anhela un retiro secreto». «Entra en tu aposento, —dijo Jesús— y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto» (Mateo 6:6).

Para reunirnos con Dios, todo lo que tenemos que hacer es buscar un lugar apartado, un lugar donde podamos encontrarnos con Dios y

escuchar lo que piensa, y que Él escuche lo que pensamos nosotros; un tiempo en el que reciba toda nuestra atención y nosotros la Suya.

Cuando nos apartamos es cuando menos solos estamos y cuando mejor podemos mitigar nuestra más profunda soledad. Es un lugar de sanidad donde Dios puede reparar el daño causado por el ruido y la presión del mundo. «Mientras más vayas a ese lugar —decía Thomas à Kempis— más querrás volver».

«Me levantaré de mañana» —dijo David (Salmo 57:8). Hay algo especial en eso de encontrarse con Dios antes de que empiece nuestro ocupado día y que las agendas comiencen a tiranizarnos, aunque debemos entender que no se trata de una manera legalista de decir que tenemos que levantarnos antes de que amanezca para merecer un encuentro

con Dios. Para muchos, la mañana es el momento más oportuno; para otros, es una oportunidad mejor para el diablo. A veces no sólo nos parece que es más fácil encontrarnos con Dios, sino que en realidad es más fácil. Es algo que tenemos que dejar que nuestro cuerpo nos indique. Lo principal es un fuerte deseo de encontrarnos con Él. La ventaja de hacerlo tan temprano es que escuchamos Sus pensamientos antes de que otros invadan los nuestros.

El primer paso es buscar una Biblia, un lugar tranquilo y un período de tiempo sin interrupciones. Siéntese calladamente y acuérdesese de que está en la presencia de Dios. Él está allí con usted.

«Quédese en ese lugar de refugio —dijo A. W. Tozer—, hasta que el ruido que lo rodea empieza a desaparecer de su corazón, hasta que la sensación de la presencia de Dios le haya envuelto. Escuche

su voz interior hasta que aprenda a reconocerla».

CÓMO ESCUCHAR A DIOS POR MEDIO DE SU PALABRA

Si no nos tomamos el tiempo de estar quietos, no vamos a escuchar a Dios. A Dios no se le puede escuchar en medio del ruido y la inquietud, sino sólo en el silencio. Él nos va a hablar si le damos la oportunidad. «Estad quietos —dijo el salmista— y conoced que yo soy Dios» (Salmo 46:10).

«...Oídmeme atentamente, suplica Dios, y comed del bien, y se deleitará vuestra alma con grosura. Inclínad vuestro oído, y venid a mí; oíd, y vivirá vuestra alma...» (Isaías 55:2-3).

Escúchelo. No hay otra manera de comprenderlo. «Fueron halladas tus palabras, y yo las comí» —dijo Jeremías (Jeremías 15:16). Siéntese a sus pies y permítale alimentarlo. Esa es la «buena parte» (Lucas 10:38-42).

El problema que tenemos muchos de nosotros es que, aunque leemos la Palabra de Dios, no nos alimentamos de Dios. Estamos más interesados en dominar el texto, encontrar su significado preciso y reunir teorías y teologías para poder hablar de Dios más inteligentemente. Sin embargo, el propósito principal de leer la Biblia no es acumular información sobre Dios, sino «acudir a Él», encontrarnos con Él como nuestro Dios vivo.

Jesús dijo a los mejores estudiantes de la Biblia de su época: «Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí» (Juan 5:39).

Los eruditos leían la Biblia, pero no escuchaban a Dios; «nunca [oyeron] su voz» (Juan 5:37). Debemos hacer algo más que leer palabras; debemos buscar la Palabra que hay en

las palabras. Tenemos que pasar de limitarnos a recibir información, a ver a Dios y estar informados y ser moldeados por su verdad. Hay un regocijo pasajero —el «gozo del descubrimiento»— en la adquisición de conocimiento bíblico, pero no hay vida en ello. La Biblia no es un fin en sí mismo, sino un estímulo a nuestra interacción con Dios.

Empiece con un esfuerzo consciente de involucrarlo personalmente. Seleccione una porción de las Escrituras —ya sea un versículo, párrafo o capítulo— y léalo una y otra vez. Piense que Él está presente y le está hablando, revelando lo que piensa, siente y quiere. Dios se expresa bien: nos habla por medio de su Palabra. Medite en Sus palabras hasta que Sus pensamientos empiecen a tomar forma en su mente.

Pensamientos es la palabra exacta porque eso

es precisamente lo que la Biblia es: «la mente del Señor» (1 Corintios 2:16). Cuando leemos su Palabra estamos leyendo Su mente: lo que Él sabe, siente, quiere, disfruta, desea, ama y aborrece.

Aparte tiempo para reflexionar en lo que está diciendo. Piense en cada palabra. Dese tiempo para contemplar en oración hasta que el corazón de Dios se le revele y el suyo se abra.

Jean-Pierre de Caussade escribió: «Lea en silencio, despacio, palabra por palabra para entrar en el tema más con el corazón que con la mente. De vez en cuando, haga pausas cortas para dejar que estas verdades fluyan por todos los huecos del alma».

Escuche con cuidado las palabras que tocan sus emociones y medite en la bondad de Dios. «Apacientese de la verdad» (Salmo 37:3). Piense en Su benignidad y en esos vislumbres de Su amor

inalterable que le motivan a amarlo (Salmo 48:9). Saboree Sus palabras. «Gustad, y ved que es bueno Jehová» (Salmo 34:8).

La madre Teresa dijo: «Si pasas una hora al día adorando al Señor estarás bien». A usted y a mí nos podría decir algo distinto. Mucho depende de nuestro temperamento, las exigencias de nuestras familias y trabajos, el estado de nuestra salud, nuestra edad y el nivel de madurez. Al principio, 10 ó 15 minutos puede ser todo lo que podamos hacer. Luego tal vez podamos pasar una hora al día. No es importante cuánto tiempo pasamos al principio. Lo importante es empezar. El Espíritu de Dios nos dirá cómo proseguir.

Nuestra lectura debe tener el propósito de gozarnos y deleitarnos en Dios, «contemplar la hermosura de Jehová», como dijo David (Salmo

27:4). Cuando nos acercamos a Él así, nos inclinamos a querer más de Él. «Te he gustado —dijo Agustín— y ahora tengo sed de Ti».

No es necesario que nos preocupemos por textos que no comprendemos. Algunas cosas no las vamos a entender. Las cosas difíciles indican que hay algo más que nuestros corazones todavía no pueden abrazar. Tal como dijo Jesús a sus discípulos: «Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar» (Juan 16:12). Hay mucho que nunca vamos a saber, pero algunas de las preguntas difíciles recibirán respuestas cuando estemos preparados para ellas.

A Dios no se le puede entender por medio del intelecto. El discernimiento surge de la pureza del corazón: del amor, la humildad y el deseo de obedecer. Son «los de limpio corazón» los que

«verán a Dios», dijo Jesús (Mateo 5:8). Mientras más conozcamos la verdad de Dios y queramos obedecer, más sabremos.

George MacDonald escribió: «Las palabras del Señor son semillas sembradas en nuestros corazones por el sembrador. Tienen que caer en nuestros corazones para que crezcan. La meditación y la oración deben regarlas, y la obediencia, mantenerlas en la luz. Así producirán fruto para cuando el Señor las recoja».

Tampoco deberíamos preocuparnos por nuestras dudas. ¿Cómo podría revelarse Dios sin dejar lugar a dudas? Madeleine L'Engle dijo: «Los que creen que creen en Dios... sin angustia de mente, sin incertidumbre, sin duda, e incluso a veces sin desesperación, sólo creen en la idea de Dios, no en Dios mismo».

El juego se llama incertidumbre. Lo

mejor es llevar nuestros cuestionamientos y dudas directamente a Dios, como a menudo lo hacía David. Sus salmos están llenos de desconsuelo y desacuerdo con los caminos de Dios. Llena página tras página de confusión e incredulidad. Es bueno hacer eso. Dios sabe cómo lidiar con nuestra vacilación.

A veces somos mentalmente torpes o estamos emocionalmente postrados y agotados. En esas ocasiones no vale la pena tratar de obligarnos a pensar más profundamente ni responder más intensamente. Si el valor de nuestros momentos a solas con Dios depende de nuestro estado emocional, siempre vamos a estar perturbados. No deberíamos preocuparnos nunca por cómo nos sentimos. Incluso cuando nuestras mentes estén confundidas o nuestros corazones fríos, podemos aprender de nuestra soledad. No trates de

hacer que tu corazón ame a Dios. Simplemente dáselo.

Si nos está resultando difícil relacionarnos con Dios, si todavía no confiamos en su corazón, deberíamos leer los Evangelios: Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Allí escucharemos lo que dijo e hizo Jesús y lo que se dijo de Él. Allí lo vemos haciendo visible al Dios invisible. Cuando Felipe, el discípulo de Cristo, pidió ver a Dios, Jesús contestó: «¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre?» (Juan 14:9).

Un comentarista escribió: «La petición de Felipe es la expresión profunda de una gran sed que había detrás de toda la búsqueda religiosa, que bien expresa la necesidad de los santos, místicos, pensadores, moralistas y hombres de fe de todas las edades. “El que me ha visto

a mí, ha visto al Padre.” Esa es la asombrosa respuesta de Cristo. Eso es lo que verdaderamente significa la doctrina de la condición divina de Hijo que tiene Cristo, y por qué es importante. En sus palabras escuchamos hablar a Dios; en sus obras vemos a Dios obrar; en su censura vislumbramos el juicio de Dios; en su amor sentimos latir el corazón de Dios. Si esto no es cierto, entonces no sabemos nada de Dios. Si es cierto —y sabemos que lo es—, entonces Jesús es Dios manifestado en carne, el único, incomparable, unigénito Hijo del Dios vivo».

El principal propósito de los Evangelios es ayudarnos a ver el carácter de Dios hecho real, personal y comprensible en Jesús. Lo que vemos hacer a Jesús es lo que Dios está haciendo y ha venido haciendo todo el tiempo. Si usted no puede amar a Dios,

trate de verlo en Jesús. Allí se revela como Aquel cuyo amor no tiene límites; Aquel a quien podemos acudir con todas nuestras dudas, desilusiones y juicios errados; Aquel «a quien podemos acercarnos sin temor y someternos sin desesperación» (Blaise Pascal). En los Evangelios vemos que Dios es el único Dios que vale la pena tener.

CÓMO RESPONDER A DIOS EN ORACIÓN

Cuando escuchamos a Dios debemos responder. Esto es la oración: nuestra respuesta a la revelación del corazón de Dios. «Mi Dios, tus criaturas te responden» —dijo el poeta francés Alfred de Musset. La oración, cuando se comprende así, es una extensión de nuestras visitas a Dios y no algo que se agrega.

Nuestras reuniones con Dios son como una conversación amable con un amigo. No son monólogos en los cuales

una persona es la única que habla y la otra escucha, sino diálogos en los cuales escuchamos reflexivamente las revelaciones del otro y luego respondemos.

Uno de mis colegas describe el proceso de esta manera: si estamos leyendo una nota de parte de un ser querido en la cual nos alaba, nos demuestra su amor, nos agradece, nos aconseja, nos corrige y ayuda de varias maneras, lo correcto es que le demos las gracias, retribuamos su amor, hagamos preguntas y reaccionemos al mensaje de alguna manera. Sería grosero no hacerlo. Eso es la oración.

Hacia el año 1370 se publicó un libro titulado *The Cloud of Unknowing* [*La nube de lo desconocido*]. Se piensa que el autor era el director espiritual de un monasterio, pero no se conoce su nombre. Gran parte de lo que escribió es difícil de entender, pero cuando se

trataba de la oración, era profundamente sencillo.

«A Dios —dijo— se le puede conocer incluso por medio de “la nube de lo desconocido” respondiéndole con “una palabrita”... mientras más corta, mejor». Su libro es un libro de texto de oraciones sucintas y sencillas:

Es bueno pensar en tu bondad, oh Dios, y amarte y alabarte por eso. Sin embargo, es mucho mejor pensar en tu sencillo Ser, y amarte y alabarte por ser quien eres. Señor, te anhelo y te busco, y no busco nada más que a Ti. Mi Dios, Tú eres todo lo que necesito, y más; el que te tiene no necesita nada más en esta vida.

Si no sabe dónde comenzar, use los salmos de David para orar. La vida de David se caracterizaba por la oración. En el Salmo 109:4 David escribió: «En pago de mi amor me han

sido adversarios; mas yo oraba». La oración era la esencia de la vida de David y su genio, como lo es nuestro. Tenemos este acceso a Dios, esta intimidad con Él, esta oportunidad de recibir todo lo que el corazón de Dios ha guardado para nosotros. Es el medio por el cual recibimos los dones de Dios, el medio por el cual se hace todo. David nos enseña a orar.

***Nuestras oraciones
deben estar llenas
de adoración, afecto
y amor a Dios
por ser quien es...***

La oración es adoración. Nuestras oraciones deben estar llenas de adoración, afecto y amor a Dios por ser quien es, porque nos creó para tener a alguien sobre quien derramar su amor, porque extendió los brazos en la cruz y porque

quiere hacernos hombres y mujeres cabales, en todo el sentido de la palabra. En la adoración declaramos lo que más valoramos. Es una de las mejores maneras que tiene el mundo de amar a Dios.

La oración es la expresión más elevada de nuestra dependencia de Dios. Es pedir lo que queremos. Podemos pedir cualquier cosa, hasta las cosas más difíciles. «Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias» (Filipenses 4:6). Cualquier cosa que sea lo suficientemente grande como para ocupar nuestras mentes es suficientemente grande para que se ore por ello.

Sin embargo, por su naturaleza misma, la oración es pedir. No es insistir ni gritar. No podemos exigirle nada a Dios ni hacer tratos con Él. Además, acudimos a

un amigo. Los amigos no hacen exigencias. Piden y esperan. Nosotros esperamos con paciencia y sumisión hasta que Dios nos dé lo que pedimos... o algo más.

David escribió: «...he acallado mi alma como un niño destetado de su madre; como un niño destetado está mi alma» (Salmo 131:2). David estaba en el exilio, esperando a Dios, aprendiendo a no preocuparse por los retrasos de Dios ni otros caminos misteriosos. Puesto que ya no se sentía inquieto ni imploraba, esperó que Dios le contestara a Su tiempo y manera. Él puede hacer mucho más de lo que nosotros podemos pedir o imaginar, pero debe hacerlo a Su tiempo y manera. Nosotros pedimos en nuestro tiempo y manera; Dios contesta en los Suyos.

La oración es pedir entendimiento. Es el medio por el cual

comprendemos lo que Dios nos está diciendo en su Palabra. El proceso por el cual conocemos su mente no es natural, sino sobrenatural. Las cosas espirituales se disciernen espiritualmente (1 Corintios 2:6-16). Hay verdades que el intelecto humano no podrá nunca poseer. No se pueden descubrir; es preciso revelarlas. Claro que podemos entender las verdades de la Biblia sin la ayuda de Dios, pero nunca podremos sondear sus profundidades ni apreciar plenamente lo que Dios «ha preparado para los que le aman» (v.9). Debemos orar y esperar que la verdad llegue honestamente a nuestras mentes.

La oración transfiere lo que sabemos de nuestras cabezas a nuestros corazones. Es nuestra protección contra la hipocresía, la manera como empezamos a ser sinceros. Nuestras percepciones de la verdad siempre están delante

de nuestra condición.
La oración nos ayuda a conformarnos más. Cierra la brecha entre lo que sabemos y lo que somos.

***...El Señor
es mi ayudador;
no temeré lo que
me pueda hacer
el hombre.***

—Hebreos 13:6

La oración se centra en nuestros corazones fragmentados y los une. Tenemos miles de necesidades. Es imposible que las purifiquemos, las simplifiquemos y las integremos en una. David oró: «afirma mi corazón» (Salmo 86:11). Él quería amar a Dios con todo su corazón, pero no podía mantener el esfuerzo. Otros intereses y afectos lo jalaban en otra dirección y lo dividían, por lo que pidió a Dios que guardara

su corazón y uniera sus afectos en uno solo.

El profeta Isaías escribió: «Jehová el Señor... despertará mañana tras mañana, despertará mi oído para que oiga como los sabios. Jehová el Señor me abrió el oído, y yo no fui rebelde, ni me volví atrás» (Isaías 50:-5). Centrarse en Dios cada mañana debería hacerse como si nunca se hubiera hecho antes. En ese tranquilo lugar, Él nos consuela, nos instruye, nos escucha, prepara nuestros corazones y nos fortalece cada día. Allí aprendemos a amarlo y adorarlo otra vez. Consideramos sus palabras y delegamos las cosas una vez más. Obtenemos su nueva perspectiva sobre los problemas y posibilidades de nuestro día.

Luego debemos llevar su presencia con nosotros durante todo el día: andando, pausando, esperando, escuchando, recordando lo que nos dijo en la mañana. Él es

nuestro maestro, filósofo y amigo; nuestro más tierno e interesante acompañante.

***Sean vuestras
costumbres sin
avaricia, contentos
con lo que tenéis
ahora; porque él dijo:
No te desampararé,
ni te dejaré; de
manera que podemos
decir con fiadamente:
El Señor es mi
ayudador; no temeré
Lo que me pueda
hacer el hombre.***

—Hebreos 13:5-6

Él está con nosotros dondequiera que vayamos. Está en los lugares comunes, lo sepamos o no. «Ciertamente Jehová está en este lugar —dijo Jacob—, y yo no lo sabía» (Génesis 28:16). Puede que

no nos demos cuenta de que Él está cerca. Puede que nos sintamos solos, tristes y desolados. Nuestro día puede parecer sombrío y melancólico sin un rayo visible de esperanza, y sin embargo, Dios está presente.... porque él dijo: No te desampararé, ni te dejaré; de manera que podemos decir con fiadamente: El Señor es mi ayudador; no temeré... (Hebreos 13:5-6).

El clamor de este mundo visible y audible es tan persistente, y la baja voz de Dios a veces es tan débil, que olvidamos que Él está cerca. Pero no hay que preocuparse; Él no nos puede olvidar.

En la presencia de Dios hay satisfacción. Sus verdes prados son ilimitados. Su agua de reposo es profunda. «...allí —me digo a mí mismo— dormir en buen redil, y en pastos suculentos ser apacentado...» (Ezequiel 34:14).